

65. Los ejemplos del primer caso son muy sencillos y numerosos. Una mano que ha estado sumergida en el agua caliente, tiene en los primeros momentos mucho mas calor que la otra que no ha sufrido la inmersión (efecto primitivo); pero algun tiempo despues de haberla retirado del agua y secado bien, llega á ponerse mucho mas fria que la del lado opuesto (efecto secundario). El gran calor que proviene de un ejercicio violento (efecto primitivo), es seguido de escalofrios y de frio (efecto secundario). El hombre que ayer se habia calentado, bebiendo vino abundante (efecto primitivo), hoy es sensible á la menor corriente de aire (efecto secundario). Un brazo que ha permanecido por mucho tiempo en agua de nieve, está mas pálido y mas frio que el otro (efecto primitivo); pero retíresele luego del agua y séquesele con cuidado, y se pondrá, no solo mas caliente que el otro, sino aun quemante, rojo é inflamado (efecto secundario). El café fuerte, nos estimula al principio (efecto primitivo); pero luego nos deja una pesadez y tendencia al sueño (efecto secundario), que duran mucho tiempo, si no las hacemos desaparecer de nuevo por algun tiempo y de un modo puramente paliativo, repitiendo el uso del café. Despues de haberse procurado el sueño, ó mas bien, un entorpecimiento profundo por medio del opio (efecto primitivo), el sueño es mas difícil en la noche siguiente (efecto secundario). Al estreñimiento producido por el opio (efecto primitivo), sucede la diarrea (efecto secundario); y á las evacuaciones determinadas por los purgantes (efecto primitivo), sucede una constipación y un estreñimiento de vientre que dura muchos dias (efecto secundario). Asi es como al efecto primitivo de las altas dosis de una potencia que modifica profundamente el estado de un cuerpo sano, la fuerza vital, por su reaccion, jamás deja de oponer un estado directamente contrario, con tal que se halle en disposición de producir alguno.

66. Pero el cuerpo sano no presenta ningun signo de reaccion en sentido contrario, despues de la acción de una dosis débil y homeopática de las potencias que cambian el modo de su vitalidad. Verdad es, que una corta dosis de cualquiera de estos agentes produce efectos primitivos apreciables, cuando para ello se emplea la atención necesaria; pero la reaccion que luego ejerce el organismo viviente, jamás escede al grado necesario para el restablecimiento del estado normal.

67. Estas verdades incontestables, que por sí mismas se nos presentan cuando preguntamos á la naturaleza y á la experiencia, esplican por una parte los ventajosos resultados del método homeopático, y por otra demuestran lo absurdo que es tratar las enfermedades con medios antipáticos y paliativos (1).

68. Examinando lo que sucede en las curaciones homeopáticas, vemos á la verdad que las dosis infinitamente pequeñas, que bastan para vencer y destruir las enfermedades na-

(1) Solamente en casos muy apremiantes, en que el peligro que corre la vida y lo inminente de la muerte no diesen tiempo á un medicamento homeopático para obrar, y no admitiesen dilación de algunas horas ni aun minutos en enfermedades sobrevenidas de repente en sujetos que poco antes estaban sanos, como las asfixias, la fulguración, la sofocación, la congelación, la sumersión, etc., solo en estos casos es permitido y aun conveniente empezar, á lo menos para reanimar la irritabilidad y la sensibilidad, con la ayuda de los paliativos, tales como ligeras conmociones eléctricas, lavativas de café muy cargadas, olores escitantes, la acción progresiva del calor, etc. Luego que la vida física se halla reanimada, el juego de los órganos que la sostienen recobra otra vez su curso regular, puesto que aquí no habia enfermedad (\*), sino suspensión ó depresión de la fuerza vital,

(\*) La nueva secta ecléctica de los insuficiencistas se apoya, pero en vano, en estas palabras, para admitir por todas partes escepciones de la regla en las enfermedades, y poder aplicar á su gusto los paliativos alopáticos: parece que solo obra así para aborrarse el trabajo de buscar el remedio homeopático que conviene exactamente á cada caso morboso, ó mas bien para no obrar como el médico homeópata, al mismo tiempo que se da el carácter de tal; pero sus hechos corresponden á sus principios, y se reducen á muy poca cosa.

turales, por la analogía que existe entre los síntomas de estas últimas y los de los medicamentos, dejan al principio en el organismo, después de la extinción de la enfermedad primitiva, una ligera afección medicinal, que sobrevive á aquella. Pero la exigüidad de las dosis hace esta enfermedad tan sencilla, pasajera y susceptible de disiparse por sí misma, que el organismo no tiene necesidad de desplegar contra ella una reacción superior á la que es necesaria para elevar el estado presente al grado habitual de la salud, es decir, para restablecer completamente á esta última; pues extinguidos todos los síntomas de la enfermedad primitiva, no necesita grandes esfuerzos para conseguir este objeto (§. 65).

69. Precisamente sucede todo lo contrario con el método antipático ó paliativo. El síntoma medicinal, que el médico opone al síntoma morbozo (como el entorpecimiento que constituye el efecto primitivo del opio, opuesto á un dolor agudo), no es del todo extraño y alopático á este último. Hay entre estos dos síntomas una reacción evidente, pero inversa. La destrucción del síntoma morbozo debería efectuarse en este caso por un síntoma medicinal opuesto. Pues hé aquí lo que es imposible; porque aunque sea cierto que el remedio antipático

que por otra parte se encontraba por sí misma en el estado de salud. Aquí se colocan también diversos antidotos en los envenenamientos repentinos: los álcalis, contra los ácidos minerales; el hígado de azufre, contra los venenos metálicos; el café, el alcanfor y la ipecacuana, contra los envenenamientos por el opio, etc.

Aunque algunos de sus síntomas solo correspondan antipáticamente á algunos síntomas morbosos de mediana ó de poca importancia, no debe inducirnos á creer que el remedio homeopático haya sido mal elegido. Con tal que los otros síntomas de la enfermedad, los que son mas fuertes y mas marcados, los que, en fin, la caracterizan, encuentren en el remedio síntomas que los cubran y los destruyan, los síntomas antipáticos poco numerosos que han podido manifestarse, desaparecen por sí mismos luego que ha cesado de obrar el remedio, efectuándose muy en breve la curación.

obra precisamente en el punto enfermo del organismo, del mismo modo que lo haría un remedio homeopático, se limita á cubrir en cierto modo el síntoma morbozo natural, y á hacerlo insensible por cierto espacio de tiempo. En el primer momento de la acción del paliativo, el organismo no siente ninguna afección desagradable por parte del síntoma morbozo, ni por la del síntoma medicinal, que parecen destruirse recíprocamente y neutralizarse de un modo, por decirlo así, dinámico. Esto es lo que sucede precisamente con el dolor y la facultad estupefaciente del opio; puesto que en el primer momento, el organismo parece hallarse sano, no experimentando ni sensación dolorosa ni entorpecimiento. Pero no pudiendo el síntoma medicinal opuesto ocupar en el organismo el mismo sitio de la enfermedad ya existente, como sucede por el método homeopático, en que el remedio produce una enfermedad artificial semejante á la enfermedad natural, solamente que es un poco mas fuerte que ella, no pudiendo por consiguiente ser afectada la fuerza vital, por el medicamento que se emplea, de una nueva enfermedad semejante á la que le afectaba hasta entonces, no puede extinguirse esta última. La nueva enfermedad pone ciertamente insensible al organismo en los primeros momentos, por una especie de neutralización dinámica (1), si debo

(1) Las sensaciones contrastantes ú opuestas, no se neutralizan de un modo permanente en el cuerpo del hombre vivo, como las sustancias dotadas de propiedades opuestas lo hacen en un laboratorio químico, donde se ve, por ejemplo, unirse el ácido sulfúrico y la potasa, formando un cuerpo muy diferente de ellos, una sal neutra, que ni es ácido ni álcali, y que no se descompone por el fuego. Tales combinaciones, que producen alguna cosa de estable y de neutro, jamás se efectúan en nuestros órganos sensitivos, relativamente á las impresiones dinámicas de naturaleza opuesta. Al principio hay ciertamente una apariencia de neutralización ó de destrucción recíproca; pero las sensaciones opuestas no se destruyen la una á la otra de un modo duradero. Una persona afligida, solo suspende por un instante la expresión de su dolor á la vista de un espectáculo alegre; pero

espresarme así; pero no tarda en extinguirse por sí misma, como toda afección medicinal; y entonces, no solamente deja á la enfermedad en el mismo estado en que se hallaba anteriormente, sino que también, como solo pueden administrarse los paliativos á grandes dosis, para proporcionar un alivio aparente, obliga á la fuerza vital á escitar un estado opuesto (§. 63 á 65) al que había producido el medicamento paliativo, y á determinar un efecto contrario al del remedio, es decir, á dar origen á un estado análogo á la enfermedad natural, todavía no destruida. Proviendo, pues, esta adición de la misma fuerza vital (la reacción contra el paliativo), no puede dejar de aumentar la intensidad y la gravedad del mal (1). Así, el síntoma morboso (parte de la enfermedad) se agrava luego que ha cesado el efecto del paliativo, y tanto más cuanto mayores han sido las dosis de que se ha hecho uso. Para no salir del ejemplo de que nos hemos servido ya, cuanto mayor es la cantidad de opio administrado para mitigar el dolor, tanto más este se acrecienta, después que el opio ha dejado de obrar (2).

muy pronto olvida las distracciones, y sus lágrimas corren con más abundancia que antes.

(1) Por clara que sea esta proposición, ha sido, no obstante, mal interpretada, y se ha opuesto contra ella, que un paliativo debe también curar por su efecto consecutivo, que se parece á la enfermedad existente, de la misma manera que un remedio homeopático lo hace por su efecto primitivo. Pero, al esponer esta objeción, no se ha tenido presente, que el efecto consecutivo nunca es un producto del medicamento, y que siempre resulta de la reacción que la fuerza vital ejerce en el organismo; que por consiguiente, cuando se emplee un paliativo, esta reacción es un estado semejante al síntoma de la enfermedad, que ha quedado intacto por el medicamento, y que aun se encuentra aumentado por el mismo.

(2) Así en el oscuro calabozo en que el prisionero apenas distingue los cuerpos que le rodean, si se enciende un poco de alcohol, se esparce alrededor de él una claridad tanto más resplandeciente, cuanto mayor era la oscuridad; pero, cuando se extingue la llama, cuanto más brillante esta ha sido, más oscuras parecen al infortunado las tinieblas que le envuelven, y con mucha mayor dificultad distingue lo que le rodea.

70. Después de lo que acaba de esponerse, no se podrán poner en duda las verdades siguientes:

1.<sup>a</sup> El médico solo tiene que curar los sufrimientos del enfermo y las alteraciones del ritmo normal que son apreciables por los sentidos, es decir, la totalidad de los síntomas por medio de los cuales la enfermedad indica el medio más apropiado para socorrerla; todas las causas internas que pretendan atribuirse á esta enfermedad, todos los caracteres ocultos que quieran concedérsela, todos los principios materiales de que se supusiera hacerla depender, serían otros tantos sueños vanos.

2.<sup>a</sup> El desacuerdo á que nosotros damos el nombre de enfermedad, no puede trasformarse en salud, sino por otro desacuerdo producido por medio de medicamentos. La virtud curativa de estos últimos consiste únicamente en el cambio que hacen experimentar al hombre, es decir, en la producción de síntomas morbosos específicos. Los experimentos hechos en personas sanas es el medio mejor y más puro de reconocer esta virtud.

3.<sup>a</sup> Según todos los hechos conocidos, es imposible curar la enfermedad natural por medio de medicamentos que posean por sí mismos la facultad de producir en el hombre sano un estado morboso ó un síntoma artificial desemejante. El método alopático jamás procura una curación real. La naturaleza por sí sola tampoco produce la curación, cuando una enfermedad se extingue por medio de una segunda enfermedad desemejante añadida á la otra, por fuerte que sea esta nueva afección.

4.<sup>a</sup> Todos los hechos se reúnen también para demostrar, que un medicamento, susceptible de dar origen, en el hombre sano, á un síntoma morboso opuesto á la enfermedad que se trata de curar, no produce más que un alivio pasajero en la enfermedad antigua, nunca procura la curación, y la deja reaparecer siempre, al cabo de cierto tiempo, más grave de lo

que era antes. El método antipático y puramente paliativo es, pues, del todo contrario al objeto que se propone en las enfermedades antiguas y de alguna importancia.

5.º El tercer método, el único que queda á que podemos dirigir, el homeopático, que calculando bien la dosis, emplea contra la totalidad de los síntomas de una enfermedad natural, un medicamento capaz de producir, en el hombre sano, síntomas tan semejantes como sea posible á los que se observan en el enfermo, es el único en realidad saludable, el único que destruye las enfermedades, ó las aberraciones puramente dinámicas de la fuerza vital, de un modo fácil, completo y duradero. La misma naturaleza nos lo enseña en ciertos casos fortuitos, en que, añadiendo á una enfermedad existente una enfermedad

4.ª pregunta

4.ª pregunta  
Hay  
IV. 71. Como ya no se puede dudar que las enfermedades del hombre no consisten mas que en grupos de ciertos síntomas, y que la posibilidad de destruirlas por medio de medicamentos, es decir, de volverlas á la salud, objeto de toda verdadera curacion, depende únicamente de la facultad inherente á las sustancias medicinales de producir síntomas morbosos semejantes á los de la afección natural, la marcha que debe seguirse en el tratamiento se reduce á los tres puntos siguientes:

1.º ¿Por qué via llega el médico á averiguar lo que necesita saber relativamente á la enfermedad, para poder emprender su curacion?

2.º ¿Cómo debe estudiar los instrumentos destinados á la curacion de las enfermedades naturales, es decir, la potencia morbífica de los medicamentos?

3.º ¿Cuál es el mejor modo de aplicar estas potencias morbíficas artificiales (los medicamentos) para la curacion de las enfermedades?

12. 72. El primer punto exige que entremos desde luego en

algunas consideraciones generales. Las enfermedades del hombre forman dos clases. Las unas son operaciones rápidas de la fuerza vital salida de su ritmo normal, que terminan en un tiempo mas ó menos largo, pero siempre de mediana duracion. Estas se llaman enfermedades *agudas*. Las otras, poco manifiestas y aun muchas veces imperceptibles en su principio, se apoderan del organismo cada una á su modo, le desarmonizan dinámicamente, y poco á poco le alejan de tal modo del estado de salud, que la automática energía vital destinada al mantenimiento de esta, que se llama fuerza vital, no puede oponerlas sino una resistencia incompleta, mal dirigida é inútil, y que en la impotencia en que se encuentra de extinguirlas por sí misma, se ve obligada á dejarlas aumentar, hasta que por fin ocasionan la destruccion del organismo. Estas se conocen con el nombre de enfermedades *crónicas*, y provienen de la infeccion de un miasma crónico tambien. YI

73. Las enfermedades agudas pueden dividirse en dos categorías. Las unas atacan á hombres aislados, espuestos á la influencia de causas perjudiciales. Los excesos en beber y comer, la falta de alimentos necesarios, las violentas impresiones físicas, el enfriamiento, el excesivo calor, las fatigas, los esfuerzos, etc., ó las escitaciones, las afecciones morales, son frecuentemente su causa. Pero las mas veces dependen de recrudescencias pasajeras de una psora latente, que vuelve á ocultarse y á quedarse inactiva, cuando la enfermedad crónica no es violenta, ó cuando ha sido curada con mucha prontitud. Otras atacan á muchos individuos á la vez, y se desarrollan acá y acullá (esporádicamente), bajo el imperio de influencias telúricas é higrométricas, cuya accion se encuentran dispuestos á sentir un corto número de hombres. A esta clase pertenecen tambien, con poca diferencia, las que atacan á muchos hombres á la vez; y si dependen entonces de una misma cau-

sa, se manifiestan por medio de síntomas muy análogos (epidemias), y se vuelven contagiosas cuando obran en masas cerradas y compactas de individuos. Estas enfermedades ó fiebres (1) son todas de una naturaleza especial, y como los casos individuales que se manifiestan tienen igual origen, ponen también constantemente á los que las padecen en un estado morbozo idéntico en todo, que abandonado á sí mismo, termina en poco tiempo por la muerte ó la curación. La guerra, las inundaciones y el hambre son con frecuencia las causas de estas enfermedades; pero pueden depender también de miasmas agudos que reaparecen siempre bajo la misma forma, y á los que por consiguiente se dan nombres particulares. De estos miasmas, los unos no atacan al hombre sino una sola vez en el curso de su vida, como la viruela, el sarampion, la coqueluche, la fiebre escarlatina (2) de Sydenham, etc., y los otros pueden afectarle repetidas veces, como la peste de Levante, la fiebre amarilla, el cólera morbo asiático, etc.

74. Desgraciadamente todavía debemos contar en el número de enfermedades crónicas, estas afecciones tan generalizadas,

(1) El homeópata, que no participa de las preocupaciones de la escuela médica ordinaria, es decir, que no asigna como ella á estas fiebres un número determinado, del cual la naturaleza no puede pasar, ni les impone nombres que obliguen á seguir tal ó cual marcha trazada en el tratamiento, no reconoce tampoco las denominaciones de fiebre de las cárceles, fiebre biliosa, tífus, fiebre pútrida, fiebre nerviosa, fiebre mucosa: cura todas las enfermedades, tratando á cada una según lo que presenta de particular.

(2) Después de 1801, los médicos han confundido una miliar purpúrea venida del Oeste (*roodvonk*) con la fiebre escarlatina, aunque los signos de estas dos afecciones son del todo diferentes, aunque el acónito es el medio curativo y preservativo de la primera, y la belladona el de la segunda, y por fin, aunque siempre la primera afecta la forma epidémica, mientras que la otra las mas veces es esporádica. Ambas afecciones parece que en estos últimos tiempos se han confundido, en algunas localidades, con una fiebre eruptiva de una especie particular, contra la cual estos remedios no han sido perfectamente homeopáticos.

zadas, que los alópatas ocasionan con el uso prolongado de medicamentos heróicos á crecidas dosis y siempre en aumento, con el abuso de los calomelanos, del sublimado corrosivo, del unguento mercurial, del nitrato de plata, del iodo, del opio, de la valeriana, de la quina y de la quinina, de la digital, del ácido prúsico, del azufre y del ácido sulfúrico, de los purgantes prodigados durante años enteros, de sangrías y sanguijuelas, de los cauterios, de los sedales, etc. Todos estos medios debilitan sin compasión la fuerza vital, y si es que esta no sucumbe poco á poco y de un modo particular á la acción de cada sustancia, alteran á lo menos su ritmo normal de tal modo, que para garantir la vida de los agentes hostiles, se ve obligada á modificar el organismo, á extinguir ó exaltar la sensibilidad ó la escitabilidad en un punto cualquiera, á dilatar ó estrechar, endurecer ó reblandecer ciertas partes, á provocar acá y allá lesiones orgánicas, en una palabra, mutilar el cuerpo, tanto en su interior como en su exterior (1).

75. Estos trastornos de la salud, debidos á la fatal práctica de la alopatía, de la que se han visto los mas tristes ejemplos en los tiempos modernos, constituyen las mas peligrosas é incurables de todas las enfermedades crónicas. Mucho siento verme en la necesidad de decir, que parece imposible descubrir ó imaginar un medio para curarlas, cuando llegan á cierto grado.

76. El Todopoderoso, al crear la Homeopatía, solo nos ha dado armas contra las enfermedades naturales. En cuanto á estos desórdenes que un falso arte ha fomentado, muchas veces

(1) Si por último el enfermo sucumbe, el que lo ha tratado, descubriendo en la autopsia del cadáver los desórdenes orgánicos que son el resultado de su impericia, jamás deja de presentarlos á los inconsolables parientes como un mal primitivo incurable. Los tratados de anatomía patológica contienen los productos de estos deplorables errores.